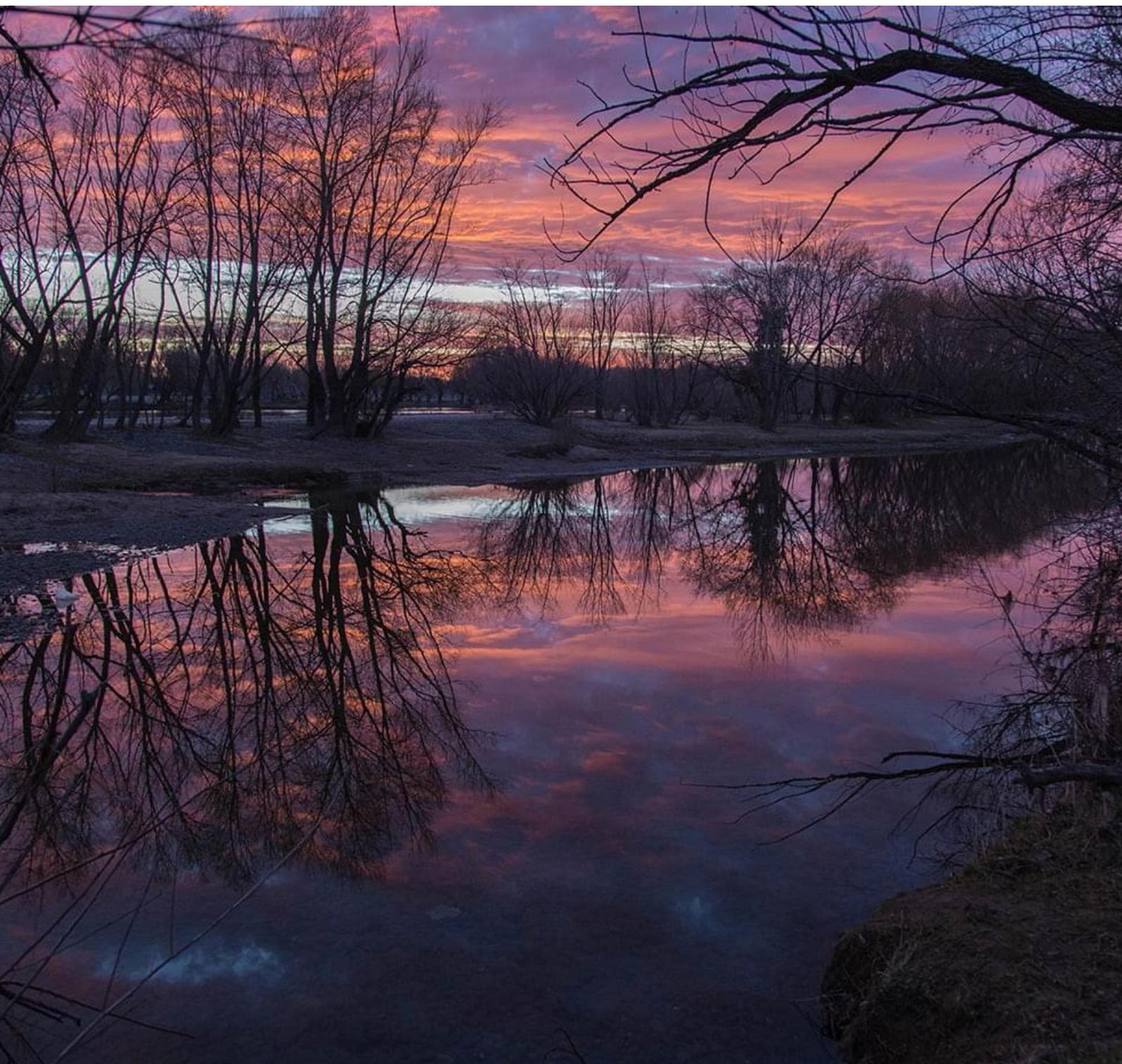


De los Santos viene marchando.

Daniel Sans □□□□



Capítulo 1

De Los Santos viene marchando.

Jueves 1 de septiembre de 2003.

Armar un porro mientras manejaba por la ruta angosta era uno de mis talentos secretos; incluso, espolvorear una capa de merca encima, lo que se dice un nevado. Lo prendí y luego de exhalar el humo terminé con la petaca de gin. Llegando a Allen, la estación de hidrofractura era una plataforma interestelar entre las chacras. Tras el biombo verde de álamos criollos, se levantaban dos torres, de más de cincuenta metros, a ambos lados de la Ruta Nacional 22. Contra el cielo, las estructuras de metal estaban iluminadas con reflectores blancos. Bajé la ventanilla y el ruido del acero girando era tan afilado como su labor: perforar tres mil metros bajo la tierra para inyectar treinta y cinco millones de litros de agua mezclados con centenares de químicos. Un poco más allá la chimenea de venteo, tan alta como las torres, lanzaba llamaradas rojas y naranjas que terminaban en trenzas de humo negro. En el aire de la primavera cercana sobresalían los aromas dulces de acetona y benceno. Las manzanas de las chacras cercanas decían los lugareños, eran como estrellas en la noche, fosforescentes.

Podríamos haberlo previsto, en Mapudungun este territorio se llamó Comahue, que significa: lugar de riqueza, y también, lugar donde el agua hizo daño.

Segundos después, en dirección a Neuquén y a ciento cuarenta kilómetros por hora entraba en la que llaman: la curva de la muerte, y fue lo que no pude prever.

Con una profunda seca aceleré para pasar a un Peugeot azul metálico en el comienzo de la curva. El conductor, cuando quedó a mí derecha reaccionó acelerando a su vez para que volviera al carril. Me obligaba así a desacelerar y a alinearme detrás. No lo pensé, pisé a fondo, zumbaba en el aire. Un camión con acoplado apareció de frente en el punto más externo de la curva, a menos de trescientos metros. Y yo, una vez más, a contramano. La cocaína, mezclada con la marihuana, me ponía en un viaje en donde todo era lento y veloz al mismo tiempo. Las lenguas de fuego en el cielo, las torres iluminadas; el túnel de álamos. El coche cobalto acelerando y emparejado a mi diestra me dejaba en un instante fijo, vertiginoso y quieto.

Hay momentos en donde una escena fortuita pulsa toda la frustración acumulada. Todo el odio y el miedo se transforman en un coraje

fisiológico, una carcajada desaprensiva con que enfrentar a la muerte.

Es asombrosa la precisión con que la memoria fija algunos fotogramas del trauma. Durante meses, en los sueños, se repitieron escenas hiperrealistas: estoy volando por encima de mi Renault Duster que a su vez vuela; el parabrisas estalla y un chorro de sangre, a la izquierda y a la altura de mi rostro, va expandiéndose en el aire como bajo el agua; flotando entre fragmentos de vidrio la cara, muy cerca, de De Los Santos Gómez que me auxilia y yo diciéndole en un resuello, antes de desmayarme: Ayúdame, no me dejés, o, dame agua.

Por no llevar puesto el cinturón de seguridad salvé la vida. La destrucción de la Duster fue total. No recuerdo cómo evité el choque frontal contra el camión; cuando toqué banquina salí despedido y caí en una acequia con la pierna izquierda, ambos brazos y la mandíbula quebradas. Por la triple fractura de maxilar debí permanecer sesenta días con las encías cocidas. Durante todos esos días, a la hora de visitas, lo escuché a De Los Santos; incluidos los domingos:

Sabe que en verdad vos me rescataste che Macedonio. Yo esa tarde iba al almacén de Oro a comprar una de cinco. Tres años sin probar una gota. Y justo cuando iba a volver, vos te me venís a estropear en un zanjón delante mío. No es que lo había pensado. Vos sabes che cómo es. Era el cuerpo que me lo pedía y te apareciste como un trompo después del estallido.

Cada día llegaba en silencio y acomodaba la silla al lado de mi cama. La gorra gris gastada impecable entre las manos sarmentosas. Las enfermeras parecían no verlo y él se quedaba en silencio si había alguien cerca. Luego me decía:

Cuando te levanté la cabeza del barro, el olor que tenías, me hizo reír: Este se tomó todo lo que me iba a chupar. Y me quedé hasta que te trajeron al hospital, ahí, los dos en la acequia. Primero es el mono, después el león y al final el chancho. Al principio de la carrera todo es alegría por eso es la etapa del mono. Después seguís tomando y sos como el león. Ni me acuerdo porque peleaba pero era bravo. Al final creés que lo podés controlar. Yo me aguantaba, no tomaba tres, cuatro días. Después chupaba por todo lo que no había tomado. Ahí estuvimos, en el barro, los dos chanchos en el chiquero, hasta que llegó la ambulancia.

O me leía sucesos policiales de números atrasados del semanario La Comuna de Contralmirante Guerrico:

“En Cervantes un jagüelero de 62 años, se arrojó bajo el tren en movimiento. Usaron un paño para recoger sus intestinos.”

“Un capataz de la empresa Zetone se mató de un disparo en el balneario municipal. Para no alejarse flotando en caso de caer al río, se había amarrado con una cuerda.”

“Hubo una explosión de gas en casa del comisario de Fernández Oro. El comisario resultó con heridas leves. A su suegra se le prendió fuego la cabellera. El techo se derrumbó.”

Aunque sospeché que esas noticias las inventaba. Tiempo después las encontré en un libro de Fénéon. Había visitas en que se quedaba callado, otras veces me contaba de su infancia. Usaba algunas palabras en guaraní. Desde la silla el cuerpo flaco, en calma, parecía otear mi recuperación.

Aguantá che, no se tenga lástima, que la tristeza como la alegría cuando son fuertes invitan el trago. Este no es el peor lugar en que terminamos los borrachitos. Es el hospital, la cárcel o el cementerio. Sólo tiene que dejar de chupar che Macedonio. Mantenernos sobrios no es solo no empinar el codo. La sobriedad empieza antes, es calmar la cabeza, los actos y las palabras. Ocuparse en eso. Los dos volvimos a nacer el otro día chamigo, y eso es suerte. Vos quedate con el hocico cocido y yo que se me olvide chupar.

El primero de noviembre, día de su onomástico, fue la última vez que lo vi. Al salir de la internación lo busqué en las reuniones del Grupo Institucional de Alcoholismo y de Alcohólicos Anónimos, desde Cipolletti a Regina. En uno de los grupos me dijeron que se había unido a una comparsa de esquiladores en la línea sur; según otro había vuelto a Paraguay.

Hoy cumpla dieciocho años sin tomar. De los Santos Gómez es mi padrino de recuperación y querría que, en caso de volverlo a ver, me encontrara en condiciones de darle las gracias.